

De Roberto Esposito en esta biblioteca

Comunitas. Origen y destino de la comunidad

Immunitas. Protección y negación de la vida

Bíos

*Biopolítica y filosofía*

Roberto Esposito

Amorrortu editores

Buenos Aires - Madrid

Colectión Mutaciones

*Bios. Biopolítica y filosofía*, Roberto Espósito

© Giulio Einaudi editore, Turín, 2004

Traducción: Carlo R. Molinari Marotto

© Todos los derechos de la edición en castellano reservados por  
Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 1.º piso (C1057AAS) Buenos Aires  
Amorrortu editores España S.L., C/San Andrés, 28 - 28004 Madrid

www.amorrortueditores.com

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n.º 11.723

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN-10: 960-518-720-3

ISBN-13: 978-960-518-720-1

ISBN 88-06-17174-7, Turín, edición original

Esposito, Roberto

*Bios. Biopolítica y filosofía*. - 1.ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2006.

320 p. ; 20x14 cm. - (Mutaciones)

Traducción de: Carlo R. Molinari Marotto

ISBN 960-518-720-3

1. Filosofía Política. I. Molinari Marotto, Carlo R., trad. II. Título  
CDD 198

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en diciembre de 2006.

Tirada de esta edición: 2.000 ejemplares

## Índice general

### 9 Introducción

#### 23 1. El enigma de la biopolítica

##### 23 1. Bio/política

##### 41 2. Política, naturaleza, historia

##### 58 3. Política de la vida

##### 63 4. Política sobre la vida

#### 73 2. El paradigma de inmunización

##### 73 1. Inmunidad

##### 91 2. Soberanía

##### 101 3. Propiedad

##### 111 4. Libertad

#### 125 3. Biopoder y biopotencia

##### 125 1. Gran política

##### 137 2. Fuerzas encontradas

##### 148 3. Doble negación

##### 160 4. Después del hombre

#### 175 4. Umatopolítica (el ciclo del *génos*)

##### 175 1. Regeneración

##### 187 2. Degeneración

##### 203 3. Eingenesis

##### 218 4. Genocidio

235 5. Filosofía del *bios*

235 1. La filosofía después del nazismo

252 2. La carne

272 3. El nacimiento

292 4. Norma de vida

## Introducción

1. *Francia, noviembre de 2000.* Una decisión de la Corte de Casación abre una lacerante brecha en la jurisprudencia francesa, al dejar sin efecto dos fallos de segunda instancia, contrarios a su vez a otras tantas sentencias dictadas en instancias previas. La Corte reconoce el derecho de un niño llamado Nicolas Perruche, afectado de gravísimas lesiones congénitas, a demandar al médico que no había efectuado el diagnóstico correcto de rubeola a su madre embarazada, impidiéndole así abortar conforme a su expresa voluntad. Lo que en este caso aparece como objeto de controversia, no resoluble en el plano jurídico, es la atribución al pequeño Nicolas del derecho a *no* nacer. Lo que está en discusión no es el error, comprobado, del laboratorio médico, sino el carácter de sujeto de quien le entabla litigio. ¿Cómo puede un individuo actuar jurídicamente contra la única circunstancia —la de su propio nacimiento— que le brinda subjetividad jurídica? La dificultad es a la vez lógica y ontológica. Ya es problemático que un ser pueda invocar su propio derecho a no ser, pero más difícil aún es pensar en un no ser, precisamente quien aún no ha nacido, que reclama su derecho a permanecer en esa condición, vale decir, a no entrar en la esfera del ser. Lo que parece indecidible conforme a ley es la relación entre realidad biológica y personalidad jurídica, entre vida natural y forma de vida. Es verdad que, al nacer en esas condiciones, el niño sufrió un daño. ¿Pero quién, o no el mismo, habría podido decidir evitarlo, eliminando anticipadamente su propio ser sujeto de vida,

su propia vida de sujeto? No sólo ello. Dado que quien está en condiciones de obstaculizar un derecho subjetivo tiene la obligación de abstenerse de hacerlo, esto implica que la madre se habría visto forzada a abortar, con prescindencia de su libre elección. El derecho del feto a no nacer configuraría, en suma, un deber preventivo, de quien lo ha concebido, de suprimirlo, instaurando así una cesura eugenésica, legalmente reconocida, entre una vida que se considera válida y otra, como se dijo en la Alemania nazi, «indigna de ser vivida».

*Afganistán, noviembre de 2001.* Dos meses después del ataque terrorista del 11 de septiembre, en los cielos de Afganistán se perfila una nueva forma de guerra «humanitaria». El adjetivo no se refiere, en este caso, a la intención del conflicto — como en Bosnia y en Kosovo, donde se pretendía defender a pueblos enteros de la amenaza de un genocidio étnico —, sino a su instrumento privilegiado: los bombardeos. Así, sobre el mismo territorio y al mismo tiempo, junto a bombas de alto poder destructivo se arrojan también viveres y medicinas. No debe perderse de vista el umbral que de este modo se atraviesa. El problema no reside únicamente en la dudosa legitimidad jurídica de guerras que, en nombre de derechos universales, se ajustan a la decisión arbitraria, o interesada, de quien tiene la fuerza para imponerlas y comandarlas; tampoco en la frecuente divergencia entre objetivos propuestos y resultados obtenidos. El oxímoron más punzante del bombardeo humanitario reside, antes bien, en la manifiesta superposición entre declarada defensa de la vida y efectiva producción de muerte. Ya las guerras del siglo XX nos habían acostumbrado a la inversión de la proporción entre víctimas militares — que antes superaban con mucho a las demás — y víctimas civiles, cuyo número es hoy ampliamente su-

perior al de las primeras. Asimismo, las persecuciones raciales se basaron desde siempre en el presupuesto de que la muerte de unos refuerza la vida de los otros. Pero, justamente por ello, entre muerte y vida — entre vida que se debe destruir y vida que se debe salvar — persiste, e incluso se profundiza, el surco de una clara división. Este deslinde es el que tiende a borrarse en la lógica de los bombardeos destinados a matar y proteger a las mismas personas. La raíz de esta indistinción no ha de buscarse, como se suele hacer, en un cambio estructural de la guerra, sino más bien en la transformación, mucho más radical, de la idea subyacente de *humanitas*. Esta, considerada durante siglos como aquello que sitúa a los hombres por encima de la simple vida común a las otras especies, y cargada además, precisamente por ello, de valor político, no deja de adherirse cada vez más a su propia materia biológica. Pero, una vez consustanciada con su pura sustancia vital, esto es, apartada de toda forma jurídico-política, la humanidad del hombre queda necesariamente expuesta a aquello que puede a un tiempo salvarla y aniquilarla.

*Rusia, octubre de 2002.* Grupos especiales de la policía del Estado irrumpen en el Teatro Dubrovka de Moscú, donde un comando checheno tiene como rehenes a casi mil personas, y provocan, con un gas paralizante de efectos letales, la muerte de 128 rehenes y de casi todos los terroristas. El episodio, justificado e incluso tomado como modelo de firmeza por otros gobiernos, marca un paso más en la dirección antes comentada. Aunque en este caso no se utilizó el término «humanitario», no hay diferencia en la lógica subyacente: la muerte de decenas de personas es consecuencia de la voluntad misma de salvar a cuantas sea posible. Sin extendernos sobre otras circunstancias inquietantes, como el uso de gases prohibidos por los

tratados internacionales, o la imposibilidad de contar de antemano con antidotos adecuados con tal de mantener en secreto su naturaleza, detengámonos en el punto que nos interesa: la muerte de los rehenes no fue un efecto indirecto y accidental de la acción de las fuerzas del orden, como puede suceder en estos casos. No fueron los chechenos, sorprendidos por el asalto de los policías, sino los propios policías quienes eliminaron a los rehenes sin más. Suele hablarse de especularidad entre los métodos de los terroristas y los de quienes los enfrentan. Ello puede ser explicable y, dentro de ciertos límites, hasta inevitable. Pero tal vez nunca se vio que agentes gubernativos cuyo cometido era salvar de una muerte posible a los rehenes, llevaran a cabo ellos mismos la matanza con que los terroristas se limitaban a amenazar. Varios factores — el empeño por desalentar esta clase de atentados, el mensaje a los chechenos de que su batalla está perdida sin esperanzas, el despliegue de un poder soberano en evidente crisis — incidieron en la decisión del presidente ruso. No obstante, hay algo más, algo que constituye su tácito presupuesto. El *blitz* en el Teatro Dubrovskai no marca la retirada de la política ante la fuerza al desnudo, como también se dijo. Tampoco puede reducirse al desvelamiento del vínculo originario entre política y mal. Es la expresión extrema que la política puede asumir cuando debe afrontar sin mediaciones la cuestión de la supervivencia de seres humanos suspendidos entre la vida y la muerte. Para mantenerlos con vida a toda costa, incluso puede tomar la decisión de precipitar su muerte.

*China, febrero de 2003.* La prensa occidental divulga la noticia, rigurosamente mantenida en secreto por el gobierno chino, de que tan sólo en la provincia de Henan hay más de un millón y medio de seropositivos, con tasas que en algunas localidades, como Don-

ghu, alcanzan al ochenta por ciento de la población. A diferencia de otros países del Tercer Mundo, el contagio no tiene una causa natural o sociocultural, sino lisa y llanamente económico-política. No se origina en relaciones sexuales sin protección, ni en el consumo antihigiénico de drogas, sino en la venta masiva de sangre, estimulada y administrada directamente por el gobierno central. La sangre, extraída a campesinos necesitados de dinero, se centrifuga en grandes contenedores que separan el plasma de los glóbulos rojos. Mientras el plasma es enviado a adquirentes ricos, los glóbulos rojos se inyectan nuevamente a los donantes para evitarles la anemia e impulsarlos a repetir continuamente la operación. Pero basta con que uno solo de ellos esté infectado para contagiar toda la partida de sangre sin plasma que contienen los grandes autoclaves. De este modo, poblados enteros se han llenado de seropositivos, destinados casi siempre a morir por falta de medicamentos. Es cierto que precisamente China empezó, poco tiempo atrás, a comercializar fármacos antisida de producción local a bajo costo. Mas no para los campesinos de Henan, ignorados por el gobierno e incluso obligados al silencio para no terminar en la cárcel. Quien reveló la situación, al quedar solo tras la muerte de todos sus allegados, prefirió morir en la cárcel antes que en su cabaña. Basta con desplazar el objetivo hacia otro fenómeno más amplio para darse cuenta de que la selección biológica, en un país que aún se define como comunista, no es sólo de clase, sino también de género. Al menos desde que la política estatal del «hijo único», destinada a impedir el crecimiento demográfico, en conjunción con la técnica de la ecografía, lleva al aborto de gran parte de quienes habrían llegado a ser futuras mujeres. Esto vuelve innecesaria la tradicional usanza campesana de ahogar a las recién nacidas, pero inevitablemente incrementa la desproporción numérica

entre varones y mujeres: se calcula que en no más de veinte años será difícil que los hombres chinos encuentren esposa si no es arrancándola, aún adolescente, a su familia. Tal vez sea esta la razón por la cual, en China, la relación entre los suicidios femeninos y masculinos es de cinco a uno.

*Ruanda, abril de 2004.* Un informe de la ONU da a conocer que diez mil niños de la misma edad son el fruto biológico de los estupros étnicos cometidos, diez años atrás, durante el genocidio que los hutu consumaron contra los tutsi. Como más tarde en Bosnia y en otras partes del mundo, esta práctica modifica de manera inédita la relación entre vida y muerte conocida en las guerras tradicionales e incluso en aquellas, llamadas asimétricas, libradas contra los terroristas. En ellas, la muerte siempre viene de la vida

llevada por intermedio de la vida, como en los ataques suicidas de los kamikazes —, mientras que en el estupro étnico es la vida la que viene de la muerte, de la violencia, del terror de mujeres a quienes se embarrancan de amarradas por los golpes recibidos o inmovilizadas con un cuchillo sobre la garganta. Es este un ejemplo de eugenia «positiva» que no se contrapone a la otra, «negativa», practicada en China u otros sitios, sino que constituye su resultado contrafáctico. Mientras los nazis, y todos sus émulos, consumaban el genocidio mediante la destrucción anticipada del nacimiento, el genocidio actual se lleva a cabo mediante el nacimiento forzado, equivalente a la más drástica perversión del acontecimiento que lleva en sí la esencia de la vida, además de su promesa. Contrariamente a quienes vieron en la novedad del nacimiento el presupuesto, simbólico y real, para una acción política renovada, el estupro étnico hizo del nacimiento el punto culminante de la conjunción entre política y muerte —pero todo ello, en la trágica paradoja

de una nueva generación de vida—. Que todas las madres de guerra ruandesas, al dar testimonio acerca de su experiencia, hayan declarado que aman a su hijo nacido del odio, significa que la fuerza de la vida prevalece aún sobre la de la muerte. Significa también que la más extrema práctica inmunitaria —afirmar la superioridad de la sangre propia llegando a imponerla a quien no la comparte — está destinada a volverse contra sí misma, produciendo exactamente lo que quería evitar. Los hijos hutu de las mujeres tutsi, o tutsi de los hombres hutu, son el resultado objetivamente comunitario —esto es, multiétnico— de la más violenta inmunización racial. También desde esta perspectiva estamos frente a una suerte de indecible, un fenómeno de dos caras, en el que la vida y la política se imbrican en un vínculo imposible de interpretar sin un nuevo lenguaje conceptual.

2. En su centro está la noción de biopolítica. Sólo basándose en ella es posible encontrar, para acontecimientos como los expuestos, que escapan a una interpretación más tradicional, un sentido global que vaya más allá de su mera manifestación. En verdad, ellos devuelven una imagen extrema, pero ciertamente no inexacta, de una dinámica que a esta altura involucra a todos los grandes fenómenos políticos de nuestro tiempo. De la guerra de y contra el terrorismo a las migraciones masivas, de las políticas sanitarias a las demográficas, de las medidas de seguridad preventiva a la extensión ilimitada de las legislaciones de emergencia, no hay fenómeno de relevancia internacional ajeno a la doble tendencia que sitúa los hechos aquí mencionados en una única línea de significado: por una parte, una creciente superposición entre el ámbito de la política, o del derecho, y el de la vida; por la otra, según parece, como derivación, un vínculo igualmente estrecho con la muerte. En esta la trágica



paradoja sobre la cual se había interrogado Michel Foucault en una serie de escritos que se remontan a mediados de la década de 1970: ¿por qué, al menos hasta hoy, una política de la vida amenaza siempre con volverse acción de muerte?

Creo que puede afirmarse, sin desconocer la extraordinaria fuerza analítica de su trabajo, que Foucault nunca dio una respuesta definitiva a este interrogante. O, por mejor decir, siempre osciló entre distintas respuestas, tributarias a su vez de modos diferentes de formular la problemática que él mismo planteó. Las opuestas interpretaciones de la biopolítica que hoy se enfrentan —una radicalmente negativa y la otra incluso eufórica— no hacen sino absolutizar, ampliando la brecha entre ellas, las dos opciones hermenéuticas entre las que Foucault nunca hizo una elección de fondo. Sin querer anticipar aquí una reconstrucción más detallada, mi impresión es que este punto muerto filosófico y político se origina en una fallida o insuficiente pregunta acerca de los presupuestos del tema en cuestión. No sólo qué significa el concepto de biopolítica, sino también cuándo nació. ¿Cómo se configuró en cada caso y de qué aporías todavía es portador en su interior? Bastó con extender la búsqueda en el eje diacrónico, y también en el plano horizontal, para reconocer que, aunque decisivas, las teorizaciones de Foucault no son sino el segmento final, y sin duda el más acabado, de una línea argumentativa cuyo origen se remonta a comienzos del siglo pasado. Es evidente que sacar a la luz —diría que por primera vez— esta veta léxica, señalando contigüidades y divergencias semánticas, no tiene únicamente interés filológico. En primer lugar, porque sólo una profundización de esta clase puede poner de manifiesto, por contraste, la fuerza y la originalidad de las tesis foucaultianas. Pero, además, y sobre todo, porque permite penetrar desde varios ángulos, y con mayor ampli-

tud de miras, en la caja negra de la biopolítica, haciendo posible también una perspectiva crítica del recorrido interpretativo que inició el propio Foucault; por ejemplo, en lo que concierne a la compleja relación que él instituyó entre régimen biopolítico y poder soberano. También analizaremos en detalle esta cuestión más adelante; pero, dentro de esa relación, conviene centrar desde ahora la atención en un vínculo que compromete el sentido mismo de la categoría que nos ocupa: el que se establece entre la política de la vida y el conjunto de las categorías políticas modernas. ¿La biopolítica precede a la modernidad, la sigue, o coincide temporalmente con ella? ¿Tiene una dimensión histórica, epocal, u originaria? Tampoco para este interrogante — decisivo, en tanto lógicamente ligado a la interpretación de nuestra contemporaneidad — la respuesta de Foucault es del todo clara, pues oscila entre una actitud continuista y otra más proclive a marcar umbrales diferenciales.

Mi tesis es que esta incertidumbre epistemológica es atribuible a la falta de un paradigma más dúctil capaz de articular más estrechamente las dos voces que contiene el concepto que nos ocupa—, al que desde hace tiempo me refiero en términos de inmunización. Sin extenderme ahora sobre su significado global, que ya tuve ocasión de definir en todas sus proyecciones de sentido, es preciso remarcar un elemento que restituye el eslabón faltante de la argumentación foucaultiana: el nexo peculiar que ese paradigma instituye entre biopolítica y modernidad. Sólo si se la vincula conceptualmente con la dinámica inmunitaria de protección negativa de la vida, la biopolítica revela su génesis específicamente moderna. No porque no haya una raíz de ella reconocible también en épocas anteriores, sino porque sólo la modernidad hace de la autoconservación del individuo el presupuesto de las restantes categorías políticas, desde la de sober-

ranía hasta la de libertad. Desde luego, el hecho mismo de que la biopolítica moderna tome cuerpo con la mediación de categorías aún referibles a la idea de orden, entendido como lo trascendental de la relación entre poder y sujetos, significa que el carácter político del *bios* no está afirmado aún de manera absoluta. Para que esto ocurra —para que la vida sea *inmediatamente* traducible a política, o para que la política adquiera una caracterización *intrínsecamente* biológica— debe aguardarse hasta el viraje totalitario de la década de 1930, especialmente en su versión nazi. Entonces, no sólo se hará que lo negativo, esto es, la amenaza de la muerte, sea funcional para el establecimiento del orden, como ya sucedía durante la etapa moderna, sino que se lo producirá en cantidad cada vez mayor, conforme a una dialéctica tanatopolítica destinada a condicionar la potenciación de la vida a la consumación cada vez más extendida de la muerte.

En el punto de inflexión entre la primera y la segunda inmunización se halla la obra de Nietzsche, a la que dedica un capítulo completo, no sólo por su importancia relevancia biopolítica, sino porque constituye un extraordinario sismógrafo del agotamiento de las categorías políticas modernas en su rol de mediación ordenadora entre poder y vida. Hacer de la voluntad de poder el impulso vital fundamental implica admitir, a un tiempo, que la vida tiene una dimensión constitutivamente política y que la política tiene como único fin conservar y expandir la vida. Justamente en la relación entre estas dos últimas modalidades de referirse al *bios* se juega el carácter innovador o conservador, activo o reactivo, de las fuerzas enfrentadas. El propio Nietzsche —el significado de su obra— es parte de esta confrontación y de esta lucha, en el sentido de que expresa, a la vez, la más explícita crítica a la deriva inmunitaria moderna y un elemento interno que la acelera. De aquí surge un desdoblamiento, ca-

tegorial y también estilístico, entre dos tonalidades de pensamiento contrapuestas y entrelazadas, que constituye el rasgo distintivo del texto nietzscheano: destinado, por un lado, a anticipar, al menos en el plano teórico, el deslizamiento destructivo y autodestructivo de la biocracia del siglo XX, y, por el otro, a prefigurar las líneas de una biopolítica afirmativa aún por venir.

3. La última sección del libro se ocupa de la relación entre filosofía y biopolítica *después del nazismo*. ¿Por qué insistir en hacer referencia a la que quiso ser la más explícita negación de la filosofía tal como esta se configuró desde sus orígenes? En primer término, porque justamente semejante negación requiere que se penetre filosóficamente en su fondo más oscuro. Y, además, porque el nazismo negó la filosofía no de manera genérica, sino en favor de la biología, de la que se consideró la realización más consumada. Un amplio capítulo examina en detalle esta tesis, confirmando su veracidad, al menos en el sentido literal de que el régimen nazi llevó a un grado nunca antes alcanzado la biologización de la política: trató al pueblo alemán como a un cuerpo orgánico necesitado de una cura radical, consistente en la extirpación violenta de una parte de él muerta ya espiritualmente. Desde este ángulo, a diferencia del comunismo, con el cual todavía se lo equipara en homenaje póstumo a la categoría de totalitarismo, el nazismo ya no se inscribe en las dinámicas autoconservadoras de la primera o de la segunda modernidad. No porque resulte extraño a la lógica inmunitaria, sino, al contrario, porque es parte de ella de manera paroxística, hasta el punto de dirigirse dispositivos protectores contra su propio cuerpo, tal como sucede en las enfermedades autoinmunes. Los órdenes finales de autodestrucción provenientes de Hitler, atrincherado en el búnker de Ber-



lín, constituyen un testimonio de impresionante evidencia al respecto. Desde este punto de vista, bien puede decirse que la experiencia nazi representa la culminación de la biopolítica, al menos en la expresión caracterizada por una absoluta indistinción respecto de su reverso tanatopolítico. Pero, justamente por ello, la catástrofe en que se hundió constituye la ocasión para una reflexión epocal renovada acerca de una categoría que, lejos de desaparecer, adquiere cada día más relieve, como lo demuestran no sólo los acontecimientos recordados páginas atrás, sino también la configuración de conjunto de la experiencia contemporánea, sobre todo desde que la implosión del comunismo soviético desplazó la última filosofía de la historia moderna, para entregarnos un mundo íntegramente globalizado.

Hoy en día se debe llevar la reflexión a ese ámbito: el cuerpo que experimenta de manera cada vez más intensa la indistinción entre política y vida ya no es el del individuo; tampoco el cuerpo soberano de las naciones, sino el cuerpo, a la vez desgarrado y unificado, del mundo. Nunca como hoy los conflictos, las heridas, los miedos que lo atormentan, parecen poner en juego nada menos que su vida misma, en una singular inversión entre el motivo filosófico clásico del mundo de la vida y el otro, sumamente actual, de la vida del mundo. Por esta razón, la reflexión contemporánea no puede ilusionarse — como todavía sucede — con cerrar filas en una defensa anacrónica de las categorías políticas modernas alteradas y vueltas del revés como un guante por el biopoder nazi. No puede ni debe hacerlo, en primer lugar, porque la biopolítica tuvo origen precisamente en ellas, antes de rebelarse contra su presencia. Y, además, porque el núcleo del problema que enfrentamos — la modificación del *bíos* por obra de una política identificada con la técnica — fue planteado por primera vez, de una manera que

aun definirla como apocalíptica resulta insuficiente, precisamente por la filosofía antifilosófica y biológica del hitlerismo. Me doy cuenta de cuán delicada es esta afirmación por sus contenidos y más aún por sus resonancias. Pero no se pueden anteponer cuestiones de oportunidad a la verdad de las cosas. Por otra parte, el gran pensamiento del siglo XX lo comprendió desde un principio, aceptando el enfrentamiento, y el choque, con el mal radical en su propio terreno. Así fue para Heidegger, a lo largo de un itinerario tan próximo a ese remolino que corrió el riesgo de dejarse engullir por él. Fue así también para Arendt y Foucault, ambos conscientes de distinto modo de que sólo se podía subir desde el fondo si se conocían sus derivas y precipicios. Es el camino que yo mismo he tratado de seguir trabajando, en sentido inverso, dentro de tres dispositivos nazis: la *normativización absoluta de la vida*, el *doble cierre del cuerpo* y la *supresión anticipada del nacimiento*. Las pautas que obtuve pretenden bosquejar los contornos, sin duda aproximados y provisionarios, de una biopolítica afirmativa capaz de hacer que la política nazi de la muerte se invierta en una política ya no sobre la vida, sino *de* la vida.

Hay un último punto que me parece útil aclarar por anticipado. Sin excluir la legitimidad de otros recorridos interpretativos, u otros proyectos normativos, no creo que el cometido de la filosofía — incluso frente a la biopolítica — sea proponer modelos de acción política, haciendo de la biopolítica la bandera de un manifiesto revolucionario o, cuando menos, reformista. No porque ello sea demasiado radical, sino porque lo es demasiado poco. Por lo demás, contradiría el presupuesto inicial según el cual ya no es posible desarticular política y vida de una manera que confíe la segunda a la dirección externa de la primera. Esto no quiero decir, por supuesto, que la política no pueda actuar sobre aquello que es simultáneamente su propio

objeto y su propio sujeto, morigerando la presión de los nuevos poderes soberanos donde sea posible y necesario. Quizá lo que hoy se requiera, al menos para quien hace de la filosofía su profesión, sea el camino inverso: no tanto pensar la vida en función de la política, sino pensar la política en la forma misma de la vida. En verdad, no es un paso fácil: consistiría en referirse a la biopolítica no desde fuera —en la modalidad de la aceptación o en la del rechazo—, sino desde su interior. Abrirla hasta hacer surgir algo que hasta hoy permaneció vedado a la mirada porque lo atenazaba su contrario. De esta posibilidad —y de esta necesidad— he procurado ofrecer más de un ejemplo: en relación con las figuras de la *carne*, la *norma* y el *nacimiento*, pensadas como la inversión de las del cuerpo, la ley y la nación. Pero acaso la dimensión a la vez más general y más intensa de esta deconstrucción constructiva incumba a ese paradigma inmunitario que constituye el modo peculiar en que hasta ahora se ha presentado la biopolítica. No hay otro caso en el que su semántica — la protección negativa de la vida — revele a tal punto una íntima relación con su opuesto comunitario. Si la *immunitas* no es siquiera pensable por fuera del *munus* común al que, no obstante, nega, quizá también la biopolítica, que hasta ahora conocí en pliegue constrictivo, pueda invertir su signo negativo en una afirmación de sentido diferente.

## 1. El enigma de la biopolítica

### 1. *Bio/política*

1. En el lapso de algunos años, la noción de «biopolítica» no sólo se ha instalado en el centro del debate internacional, sino que ha marcado el inicio de una etapa completamente nueva de la reflexión contemporánea. Desde que Michel Foucault, si bien no acuñó su denominación, replanteó y recalificó el concepto, todo el espectro de la filosofía política sufrió una profunda modificación. No porque repentinamente hubieran salido de escena categorías clásicas como las de «derecho», «soberanía» y «democracia»: ellas continúan organizando el discurso político más difundido, pero su efecto de sentido se muestra cada vez más debilitado y carente de verdadera capacidad interpretativa. En vez de explicar una realidad que en todos los aspectos escapa al alcance de su análisis, esas categorías necesitan ellas mismas el examen de una mirada más penetrante que a un tiempo las deconstruya y las explique. Tomemos el ámbito de la ley. A diferencia de lo que algunas veces se ha sostenido, no hay motivos para pensar en su reducción. Más bien parece ganar cada vez más terreno en el plano interno y en el internacional: el proceso de normativización abarca espacios cada vez más amplios. No obstante ello, el lenguaje jurídico en cuanto tal se revela incapaz de sacar a la luz la lógica profunda de esta transformación. Cuando, por ejemplo, se habla de «derechos humanos», antes que a determinados sujetos jurídicos, se hace referencia a individuos definidos exclusivamente

También desde esta vertiente el concepto de biopolítica parece retroceder, o vaciarse de contenido, en el momento mismo en que se lo formula. Lo que queda claro es su determinación negativa, aquello que *no es*. O aun el horizonte de sentido de cuyo cierre es señal. Se trata de ese complejo de mediaciones, oposiciones, dialécticas, que durante un extenso período fue condición de posibilidad para el orden político moderno, al menos conforme a su interpretación corriente. Con respecto a ellas, a las preguntas que contestaban y a los problemas que suscitaban — relativos a la definición del poder, a la medida de su ejercicio, a la delimitación de sus límites —, el dato incontrovertible es un desplazamiento general del campo, de la lógica e incluso del objeto de la política. En el momento en que, por una parte, se derrumban las distinciones modernas entre público y privado, Estado y sociedad, local y global, y, por la otra, se agotan todas las otras fuentes de legitimación, la vida misma se sitúa en el centro de cualquier procedimiento político: ya no es concebible otra política que una política de la vida, en el sentido objetivo y subjetivo del término. Mas, justamente con relación al nexo entre sujeto y objeto de la política, reaparece la brecha interpretativa a que aludíamos: ¿Que significa el gobierno político de la vida? ¿Debe entenderse que la vida gobierna la política, o bien que la política gobierna la vida? ¿Se trata de un gobierno *de* o *sobre* la vida? Esta misma disyuntiva conceptual puede expresarse mediante la bifurcación léxica entre los términos «biopolítica» y «biopoder», empleados indistintamente en otras circunstancias; por el primero se entiende una política en nombre de la vida, y por el segundo, una vida sometida al mando de la política. Pero, también de este modo, ese paradigma que buscaba una soldadura conceptual resulta una vez más desdoblado y, diríase, cortado en dos por su propio movimiento. Comprimido y al mismo tiem-

po desestabilizado por lecturas en competencia, sujeto a constantes rotaciones en torno a su propio eje, el concepto de biopolítica corre el riesgo de perder su propia identidad y trocarse en enigma.

2. Para comprender el motivo de esta situación no hay que limitar la perspectiva propia a lo expuesto por Foucault. Es preciso remontarse a los escritos y autores a partir de los cuales, aunque nunca los cite, su análisis se pone en movimiento en forma de replanteo y, a la vez, deconstrucción crítica. Aquellos — al menos los que se refieren explícitamente al concepto de biopolítica — pueden catalogarse en tres bloques diferenciados y sucesivos en el tiempo, caracterizados respectivamente por un enfoque de tipo organicista, antropológico y naturalista. Al primero puede vincularse una nutrida serie de ensayos, principalmente alemanes, que comparten una concepción vitalista del Estado, como *Zum Werden und Leben der Staaten* (1920), de Karl Binding (al cual tendremos ocasión de referirnos más adelante),<sup>2</sup> *Der Staat als lebendiger Organismus*, de Eberhard Dennert (1922),<sup>3</sup> *Der Staat, ein Lebewesen* (1926), de Eduard Hahn.<sup>4</sup> Pero centremos la atención en quien fue probablemente el primero en emplear el término «biopolítica», el sueco Rodolph Kjellen, a quien también se debe la acuñación de la expresión «geopolítica», luego elaborada por Friedrich Ratzel y por Karl Haushofer en clave decididamente racista. Respecto de esta deriva — que poco después desembocó en la teorización nazi del «espacio vital» (*Lebensraum*) — debe aclararse que la posición de Kjellen queda más disimulada, a pesar de su proclamada simpatía por la Alemania guillermina

<sup>2</sup> K. Binding, *Zum Werden und Leben der Staaten*, Munich-Leipzig, 1920.

<sup>3</sup> E. Dennert, *Der Staat als lebendiger Organismus*, Halle, 1922.

<sup>4</sup> E. Hahn, *Der Staat, ein Lebewesen*, Munich, 1926.

y, además, cierta propensión a una política exterior agresiva. Así, ya en el libro de 1905 sobre las grandes potencias,<sup>5</sup> sostiene que los Estados vigorosos que sólo disponen de un territorio limitado se ven en la necesidad de ampliar sus fronteras mediante la conquista, la anexión y la colonización de otras tierras. Pero en su libro de 1916, *Estado como forma de vida* (*Staten som livsform*),<sup>6</sup> Kjellen afirma esta necesidad geopolítica en estrecha relación con una concepción organicista irreductible a las teorías constitucionales de matriz liberal. Mientras estas representan al Estado como el producto artificial de una libre elección de los individuos que le dieron origen, Kjellen lo entiende como «forma viviente» (*som livsform*, en sueco, o *als Lebensform*, en alemán) provista, en cuanto tal, de instintos y pulsiones naturales. Ya en esta transformación de la idea de Estado, según la cual este no es un sujeto de derecho nacido de un contrato voluntario, sino un conjunto integrado de hombres que se comportan como un único individuo espiritual y corporeo a la vez, puede detectarse el núcleo originario de la semántica biopolítica. En el *Sistema de política*, que compendia estas tesis, escribe Kjellen:

Esta tensión característica de la vida misma [...] me ha impulsado a dar a esa disciplina, por analogía con la ciencia de la vida, la biología, el nombre de *biopolítica*; esto se comprende mejor considerando que la palabra griega «bíos» designa no sólo la vida natural, física, sino tal vez, en medida igualmente significativa, la vida cultural. Esta denominación apunta también a expresar la dependencia que la sociedad manifiesta respecto de las leyes de la vida; esa dependencia, más que cualquier otra cosa, promueve al Estado mismo al papel de árbitro, o al menos de mediador.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> R. Kjellen, *Stormakterna. Konturer kring samtidaens stormakter* (1905), Estocolmo, 1911, págs. 67-8.

<sup>6</sup> R. Kjellen, *Staten som livsform*, Estocolmo, 1916.

<sup>7</sup> R. Kjellen, *Grundriss zu einem System der Politik*, Leipzig, 1920, págs. 93-4.

Estas expresiones nos llevan más allá de la antigua metáfora del Estado-cuerpo con sus múltiples metamorfosis de inspiración posromántica. Lo que comienza a perfilarse es la referencia a un sustrato natural, un principio sustancial, resistente y subyacente a cualquier abstracción, o construcción, de carácter institucional. En contra de la concepción moderna, derivada de Hobbes, de que sólo se puede conservar la vida si se instituye una barrera artificial frente a la naturaleza, de por sí incapaz de neutralizar el conflicto incluso proclive a potenciarlo, vuelve a abrirse paso la idea de la imposibilidad de una verdadera superación del estado natural en el estado político. Este no es en modo alguno negación del primero, sino su continuación en otro nivel, y está destinado, por consiguiente, a incorporar y reproducir sus caracteres originarios.

Este proceso de naturalización de la política, que en Kjellen todavía se inscribe en una estructura histórica-cultural, se acelera decididamente en un ensayo del baron Jacob von Uexküll, quien más tarde habla de volverse célebre justamente en el campo de la biología comparada. Me refiero a *Staatsbiologie*, publicado asimismo en 1920, con el sintomático subtítulo de *Anatomie, Physiologie, Pathologie des Staates*. También en este caso, como antes en Kjellen, el razonamiento gira en torno a la configuración biológica de un Estado-cuerpo unido por la relación armónica de sus órganos, representantes de las diversas profesiones y competencias, mas con un doble desplazamiento básico, que no es en absoluto irrelevante, respecto del modelo anterior. En primer lugar, ya no se habla de un Estado cualquiera, sino del Estado alemán, con sus peculiaridades características y necesidades vitales. Pero lo que hace la diferencia es, sobre todo, la importancia que, por el momento en relación con aquel, adquiere la vertiente de la patología respecto de la ana-



tomía y la fisiología, que se le subordinan. Ya se entrevén aquí los pródromos de una urdimbre teórica —la del síndrome degenerativo y el consiguiente programa regenerativo— que habrá de alcanzar sus macabros fastos en las décadas inmediatamente sucesivas. Amenazan la salud pública del cuerpo germánico una serie de enfermedades que, con referencia evidente a los traumas revolucionarios de esa época, son identificadas en el sindicalismo subversivo, la democracia electoral y el derecho de huelga, todas ellas formaciones cancerosas que anidan en los tejidos del Estado llevándolo a la anarquía y a la disolución: «como si la mayoría de las células de nuestro cuerpo, y no las del cerebro, fueran las que decidieran qué impulsos se han de transmitir a los nervios».<sup>8</sup>

Sin embargo, en el avance hacia los futuros desarrollos totalitarios adquiere mayor relevancia todavía la referencia biopolítica a los «parásitos» que, una vez que han penetrado en el cuerpo político, se organizan entre sí en perjuicio de los demás ciudadanos. Se los divide en «simbiontes», incluso de distinta raza, que en determinadas circunstancias pueden ser de utilidad para el Estado, y parásitos propiamente dichos, metáfora como un cuerpo vivo extraño dentro del cuerpo estatal, de cuya sustancia vital reciben sustento. En contra de estos últimos —concluye Uexküll de manera amenazadoramente profética— hay que formar un estrato de médicos de Estado, o conferir al Estado mismo una competencia médica, capaz de regresarlo a la salud mediante la remoción de las causas del mal y la expulsión de sus gérmenes transmisores: «Todavía falta una academia de amplias miras, no sólo para la formación de médicos de Estado, sino también para la institución de una medicina de Esta-

<sup>8</sup> J. von Uexküll, *Staatsbiologie. Anatomie, Physiologie, Pathologie des Staates*, Berlín, 1920, pág. 46.

do. No contamos con ningún órgano al que se pueda confiar la higiene del Estado».<sup>9</sup>

El tercer texto en el que conviene centrar la atención —porque además está expresamente dedicado a la categoría que nos ocupa— es *Bio-politics*, del inglés Morley Roberts, publicado en Londres en 1938 con el subtítulo *An essay in the physiology, pathology and politics of the social and somatic organism*. También en este caso el presupuesto de fondo, ya mencionado en las páginas de introducción, es la conexión no sólo analógica, sino real, concreta, material, de la política con la biología, en especial con la medicina. Se trata de una perspectiva que en sus ejes rectores no está lejana del planteo de Uexküll; así como la fisiología es inseparable de la patología —de la cual obtiene significado y relevancia—, el organismo estatal no podrá ser conocido, ni guiado, más que a partir de la calificación de sus enfermedades actuales o potenciales. Estas, que que un simple riesgo, representan la verdad última, en tanto primordial, de una entidad viviente de por sí perecedera. En consecuencia, la biopolítica tiene, por un lado, la misión de reconocer los riesgos orgánicos que amenazan al cuerpo político, y, por el otro, la de individualizar, y preparar, los mecanismos de defensa para hacerles frente, arraigados también en el terreno biológico. Con esta última necesidad se relaciona la parte más innovadora del libro de Roberts, constituida por una extraordinaria comparación entre el aparato defensivo del Estado y el sistema inmunológico, que confirma por anticipado un paradigma biopolítico que tendremos ocasión de examinar más adelante:

El modo más simple de considerar la comunidad es contemplarla como un organismo humano como un complejo organismo so-

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 55.



cial, y el organismo nacional, como un individuo funcional más simple, o como una «persona», ambos expuestos a diversas clases de riesgos frente a los cuales es necesario intervenir. Esta intervención es la inmunidad en acción.<sup>10</sup>

A partir de esta primera formulación, el autor desarrolla entre Estado y cuerpo humano un paralelo que involucra todo el repertorio inmunológico —desde los antígenos hasta los anticuerpos, desde la función de la tolerancia hasta el sistema retículo-endotelial—, individualizando para cada elemento biológico el elemento político correspondiente. Pero probablemente el tramo más significativo, en la dirección ya tomada por Uexküll, sea aquel en el cual se refiere a los mecanismos de repulsión y expulsión inmunitaria de tipo racial:

El estudiante de biología política debería estudiar los comportamientos nacionales de masas y sus resultados como si fueran secreciones y excreciones en desarrollo. Las repulsiones nacionales o internacionales pueden depender de poca cosa. Si se plantea la cuestión en un nivel más bajo, bien es cierto que el olor de una raza puede ofender a otra raza tanto como la que diferencias de usos y costumbres.<sup>11</sup>

Que el texto de Morley concluya, en el año de inicio de la Segunda Guerra Mundial, con una analogía entre el rechazo inmunitario inglés hacia los judíos y una crisis anafiláctica del cuerpo político, es una señal elocuente de la inclinación, cada vez más empinada, de esta primera elaboración biopolítica: una política construida directamente sobre el *bíos* está siempre expuesta al riesgo de subordinar violentamente el *bíos* a la política.

<sup>10</sup> M. Roberts, *Bio-politics. An essay in the physiology, pathology and politics of the social and somatic organism*, Londres, 1938, pág. 153.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 160.

4. La segunda oleada de interés por la temática biopolítica se registra en Francia en la década del sesenta. La diferencia respecto de la primera resulta hasta demasiado evidente, como no podía ser de otra manera en un marco histórico profundamente cambiado por la derrota epocal de la biocracia nazi. No sólo en relación con ella, sino también en relación con los teorías organicistas que de ella habían anticipado, en cierto modo, motivos y acentos, la nueva teoría biopolítica es consciente de la necesidad de una reformulación semántica, incluso a expensas de debilitar la especificidad de la categoría en favor de un más atemperado desarrollo neohumanista. El libro que en 1960 inaugura virtualmente esta nueva etapa de estudios, con el título programático de *La biopolitique. Essai d'interprétation de l'histoire de l'humanité et des civilisations*, da una idea exacta de esta transición. Ya la doble referencia a la historia y a la humanidad, como recordamos de un discurso intencionalmente orientado hacia el *bíos*, muestra el camino equidistante y conciliador que transita el ensayo de Aroon Starobinski. De hecho, cuando escribe que «la biopolítica es un intento de explicar la historia de la civilización sobre la base de las leyes de la vida celular y de la vida biológica más elemental»,<sup>12</sup> no tiene intención alguna de llevar su análisis a una conclusión naturalista. Por el contrario, admitiendo el relieve, a veces incluso negativo, de las fuerzas naturales de la vida, sostiene la posibilidad, inclusive la necesidad, de que la política incorpore elementos espirituales capaces de gobernarlas en función de valores metapolíticos:

La biopolítica no niega en modo alguno las fuerzas ciegas de la coherencia y de la voluntad de poder, así como las fuerzas de auto-destrucción que existen en el hombre y en

<sup>12</sup> A. Starobinski, *La biopolitique. Essai d'interprétation de l'histoire de l'humanité et des civilisations*, Vincennes, 1960, pág. 1.

las civilizaciones humanas. Por el contrario, ella afirma su existencia de una manera muy especial, porque tales fuerzas son las fuerzas elementales de la vida. Pero la biopolítica niega que esas fuerzas sean fatales y que no puedan ser enfrentadas y dirigidas por las fuerzas espirituales de la justicia, la caridad, la verdad.<sup>13</sup>

El riesgo de que el concepto de biopolítica se reduzca hasta perder su identidad, convirtiéndose en una forma de tradicional humanismo, se torna evidente en un segundo texto, publicado algunos años después por un autor destinado a mayor fortuna. Me refiero a *Introduction à une politique de l'homme*, de Edgar Morin. En él, los «campos» estrictamente «biopolíticos de la vida y de la supervivencia», es decir, los de «la vida y la muerte de la humanidad (amenaza atómica, guerra mundial), el hambre, la salud, la mortalidad», se incluyen en un conjunto más amplio de tipo «antropológico», que a su vez remite al proyecto de una «política multidimensional del hombre».<sup>14</sup> También en este caso, antes que insistir en el vínculo biología-política, el autor sitúa su punto de observación en la problemática confluencia donde los motivos infrapolíticos de la subsistencia mínima se entrecruzan productivamente con los suprapolíticos, esto es, filosóficos, relativos al sentido de la vida misma. El resultado, aunque una biopolítica en el sentido estricto de la expresión, es una suerte de «ontopolítica» a la que se atribuye el cometido de revertir la actual tendencia economicista y productivista del desarrollo del género humano: «Así, todos los caminos del vivir y todos los caminos de la política comienzan a encontrarse y compenetrarse, y anuncian una ontopolítica, que concierne al ser del hombre de manera cada vez más ínti-

ma y global».<sup>15</sup> Aunque en el libro siguiente, dedicado al paradigma de naturaleza humana, Morin cuestiona, aun en clave parcialmente autocrítica, la mitología humanista que define al hombre por oposición con el animal, la cultura por oposición con la naturaleza y el orden por oposición con el desorden,<sup>16</sup> de todo ello no parece surgir una idea convincente de biopolítica.

Se trata de una debilidad teórica, y a la vez una inquietud semántica, a las que ciertamente no ponen fin los dos volúmenes de *Cahiers de la Biopolitique*, publicados en París a fines de la década de 1960 por la Organisation au Service de la Vie. Es cierto que, si se los compara con los ensayos anteriores, se reconoce en ellos una atención más concreta por las verdaderas condiciones de vida de la población mundial, expuesta al doble jaque del neocapitalismo y del socialismo real, ambos incapaces de guiar el desarrollo productivo en una dirección compatible con un incremento significativo de la calidad de la vida. Es cierto también que en algunos de estos textos la crítica al modelo económico y político vigente se basa en referencias a la técnica, el urbanismo, la medicina; en otros términos, a los espacios y las formas materiales del ser viviente. Pero tampoco en este caso puede decirse que la definición de biopolítica escape a una vaguedad categorial que termina por reducir claramente su alcance hermenéutico. «Se ha definido la biopolítica como ciencia de las conductas de los Estados y de las colectividades humanas, habida cuenta de las leyes y del ambiente natural y de los hechos ontológicos que rigen la vida del hombre y determinan sus actividades».<sup>17</sup> Sin que esta definición implique una acla-

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 9.

<sup>14</sup> E. Morin, *Introduction à une politique de l'homme* (1965), París, 1969, pág. 11.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 12.

<sup>16</sup> E. Morin, *Le paradigme perdu: la nature humaine*, París, 1979, pág. 32.

<sup>17</sup> A. Bricq, «Introduction à l'Éthologie et à l'Écologie de l'homme», en *Cahiers de la Biopolitique*, I, n.º 1, 1965, pág. 33.

ración del carácter específico de su objeto, ni un examen crítico de sus efectos. Estos trabajos, al igual que las Jornadas de Estudio sobre la Biopolítica, efectuadas en Burdeos del 2 al 5 de diciembre de 1966, evidencian más la dificultad de evitar una formulación academicista del concepto de biopolítica, que un real esfuerzo de significativa elaboración conceptual.<sup>18</sup>

4. La tercera etapa de estudios biopolíticos surgió en el mundo anglosajón y está aún en curso. Su inicio formal puede fijarse en 1973, cuando la International Political Science Association inauguró oficialmente un espacio de investigación sobre biología y política. A partir de esa fecha se organizaron varios congresos internacionales: el primero en 1975, en la École des Hautes Études en Sciences Humaines de París, y los siguientes en Bellagio (Italia), Varsovia, Chicago y Nueva York. En 1983 se creó la Association for Politics and the Life Sciences, y dos años después, la revista *Politics and Life Sciences*, junto con la colección *Research in biopolitics*, de la que se han publicado varios volúmenes.<sup>19</sup> Pero para individualizar la efectiva presencia de esta corriente de investigación hay que re-

<sup>18</sup> La primera producción francesa es comentada también por A. Cutler en su libro *Michel Foucault. Técnica y vida. Biopolítica e filosofía del poder* (Napoli, 2004) que constituye un útil primer intento de sistematización de la biopolítica foucaultiana. Sobre la biopolítica en general, véanse L. Bazzicalupo y R. Esposito (comp.), *Politica della vita*, Roma-Bari, 2003, y P. Portier (comp.), *Biopolítica minore*, Roma, 2003.

<sup>19</sup> Los títulos de los primeros volúmenes, compilados por S. A. Peterson y A. Somit (Amsterdam - Londres - Nueva York - Oxford - París - Shannon - Tokio), son: I. *Sexual politics and political feminism*, 1991; II. *Biopolitics in the mainstream*, 1994; III. *Human nature and politics*, 1996; IV. *Research in biopolitics*, 1998; V. *Recent explorations bio and politics*, 1997; VI. *Sociology and politics*, 1998; VII. *Ethnic conflicts explained by ethnic nepotism*, 1999; VIII. *Evolutionary approaches in the behavioral sciences; Toward a better understanding of human nature*, 2001.

mentarse a mediados de la década de 1960, cuando aparecen los primeros escritos que cabe relacionar con el lexico. Si bien el primero que utilizó el término en cuestión fue Lynton K. Caldwell, en su artículo de 1961, «Biopolitics: Science, ethics and public policy»,<sup>20</sup> la polaridad en que se inscribe el sentido general de esta nueva tematización biopolítica debe rastrearla en el libro *Human nature in politics*, de James H. Dawson, publicado un año antes.<sup>21</sup> No será casualidad que, más de dos décadas después, Roger D. Masters, al intentar sistematizar sus tesis, en un libro dedicado por lo demás a Leo Strauss, opte por un título análogo, *The nature of politics*.<sup>22</sup> Son precisamente los dos términos que constituyen el objeto, y a la vez el punto de vista, de un discurso biopolítico que, tras el paradigma organicista de las décadas de 1920 y 1930, y el neohumanista de los años sesenta en Francia, encuentra ahora como rasgo distintivo un marcado naturalismo. Incluso sin tener en cuenta la calidad

— muy bien modesta, por lo general — de esta producción, su valor automático reside, justamente, en esta referencia directa y persistente a la esfera de la naturaleza como parámetro privilegiado de determinación política. De ello surge — no siempre con plena conciencia teórica por parte de los autores — un relevante desplazamiento categorial respecto de la línea maestra de la filosofía política moderna. Para esta, la naturaleza es el problema que se deberá resolver, o el obstáculo que se ha de superar, mediante la constitución del orden político, mientras que la biopolítica norteamericana ve en la naturaleza su propia condición de existencia: por todo el origen genético y la materia prima, sino también la única referencia regulativa. Le-

<sup>20</sup> L. Caldwell, «Biopolitics: Science, ethics and public policy», en *The Public Review*, n.º 3, 1961, pag. 1-16.

<sup>21</sup> J. Dawson, *Human nature in politics*, Nueva York, 1961.

<sup>22</sup> R. D. Masters, *The nature of politics*, New Haven - Londres, 1999.

jos de poder dominarla, o «darle forma» según sus fines, la política resulta ella misma «conformada» de una manera que no deja espacio para otras posibilidades constructivas.

En el origen de esta formulación pueden individualizarse dos fuentes distintas: por una parte, el evolucionismo darwiniano —o, más precisamente, el darwinismo social—; por la otra, la investigación etológica, desarrollada desde la década de 1930, principalmente en Alemania. En cuanto a la primera, el punto de partida más significativo debe buscarse en *Physics and politics*, de Walter Bagehot, dentro de un horizonte que abarca a autores disímiles, como Spencer y Sumner, Ratzel y Gumplowitz, aunque con la tajante advertencia —subrayada con fuerza por Thomas Thorson en un libro publicado en 1970 con el título programático de *Biopolitics*—<sup>23</sup> de que la relevancia de la perspectiva biopolítica reside en la transición de un paradigma físico a uno, precisamente, biológico. En definitiva, más que otorgar a la política un estatuto de ciencia exacta,<sup>24</sup> lo que importa es reconducirla a su ámbito natural, entendido justamente como el plano vital del que ella surge en cada caso y al que inevitablemente regresa. Esto se refiere, ante todo, a la condición contingente de nuestro cuerpo, que mantiene la acción humana dentro de los límites de determinadas posibilidades anatómicas y fisiológicas; pero también a la configuración biológica, o incluso —en el léxico de la nascente sociobiología— al bagaje genético del sujeto. Contra la tesis de que los acontecimientos sociales requieren explicaciones his-

<sup>23</sup> T. Thorson, *Biopolitics*, Nueva York, 1970.

<sup>24</sup> Véase, al respecto, D. Easton, «The relevance of biopolitics to political theory», en A. Somit (comp.), *Biology and politics*, La Haya, 1976, págs. 237-47; pero, con anterioridad, W. J. M. Mackenzie, *Politics and social science*, Baltimore, 1967, y H. Lasswell, «The future of the comparative method», en *Comparative politics*, I, 1958, págs. 3-18.

tóricas complejas, estos son atribuidos a dinámicas ligadas, en última instancia, a las necesidades evolutivas de una especie, como la nuestra, que difiere, cuantitativa pero no cualitativamente, de la especie animal que la precede y la incluye. Así, tanto la actitud predominantemente agresiva como la actitud cooperativa de los seres humanos son atribuidas a modalidades animales instintivas.<sup>25</sup> La propia guerra, en cuanto inherente a nuestra naturaleza ferina, termina por adquirir carácter de inexorable.<sup>26</sup> Todos los comportamientos políticos que se repiten con cierta frecuencia en la historia —desde el control del territorio hasta la jerarquía social y el dominio sobre las mujeres— se arraigan profundamente en una capa prehumana a la cual no sólo quedamos ligados, sino que adherimos inevitable y sistemáticamente. Las sociedades democráticas, en este marco interpretativo, no son en sí imposibles, pero son paréntesis destinados a cerrarse pronto o, al menos, a dejar que se filtre el fondo oscuro del que contradictoriamente surgen. Cualquier institución, o cualquier opción subjetiva, que no se conforme a esta circunstancia, o cuando menos se adapte a ella —tal es la conclusión implícita, y a menudo incluso explícita, del razonamiento—, está destinada al fracaso.

De lo anterior resulta una noción de biopolítica que esta vez es suficientemente clara. Como lo expresa el

<sup>25</sup> Al respecto, véase los libros de W. C. Allee, *Animal life and social growth* (Baltimore, 1932), y *The social life of animals* (Londres, 1938); véase, además, L. Tiger, *Men in groups*, Nueva York, 1969, y los estudios citados en D. Fox, *The imperial animal*, Nueva York, 1971. Véase también D. Mowat, *The human zoo*, Nueva York, 1969.

<sup>26</sup> Acerca de esta concepción natural de la guerra, cf., ante todo, G. Wright, *A study of war* (1912), Chicago, 1963, y H. J. Margentbau, *Politics among nations. The struggle for power and peace* (1948), Nueva York, 1967; también, más recientemente, V. S. E. Falger, «Biopolitics and the study of international relations: implications, results and perspectives», en *Research in biopolitics*, op. cit., vol. II, págs. 115-34.



más acreditado teórico de esta línea interpretativa, consiste en el «término comúnmente usado para describir el enfoque de los científicos políticos que se valen de conceptos biológicos (en especial, la teoría evolucionista darwiniana) y técnicas de la investigación biológica para estudiar, explicar, predecir y a veces incluso prescribir el comportamiento político».<sup>27</sup> Con todo, no deja de ser problemático el último punto, la relación entre el uso analítico-descriptivo y el constructivo-normativo, dado que estudiar, explicar, predecir, es una cosa, y otra, prescribir. Pero justamente en este deslizamiento del primero al segundo significado —del plano del ser al plano del deber-ser— se concentra el aspecto más densamente ideológico de todo el planteo.<sup>28</sup> El tránsito semántico se produce a través de la doble vertiente, de hecho y de valor, del concepto de naturaleza. Este es usado a la vez como hecho y como deber, como presupuesto y como resultado, como origen y como fin. Si el comportamiento político está inextricablemente encastrado en la dimensión del *bíos*, y si el *bíos* es aquello que conecta al hombre con la esfera de la naturaleza, se sigue que la única política posible será aquella ya inscripta en nuestro código natural. Desde luego, no puede eludirse el cortocircuito retórico sobre el cual se asienta toda la argumentación: la teoría ya no es intérprete de la realidad, sino que la realidad determina una teoría a su vez destinada a confirmarla. La respuesta es emitida antes de iniciar el procedimiento de análisis: los seres humanos no podrán ser otra cosa que lo que siempre han sido. Reconducida a su trasfondo natu-

<sup>27</sup> A. Somit y S. A. Peterson, «Biopolitics in the year 2000», en *Research in biopolitics*, op. cit., vol. VIII, pág. 181.

<sup>28</sup> Cf., en este sentido, C. Galli, «Sul valore politico del concetto di "natura"», en su volumen *Autorità e natura*, Bolonia, 1988, págs. 57-94, y M. Cammelli, «Il darwinismo e la teoria politica: un problema aperto», en *Filosofia Politica*, n° 2, 2000, págs. 489-518.

ral, la política queda atrapada en el cepo de la biología sin posibilidad de réplica. La historia humana no es una que la repetición, a veces deforme, pero nunca realmente disímil, de nuestra naturaleza. Es función de la ciencia — incluso, y en particular, política — impedir que se abra una brecha demasiado amplia entre la primera y la segunda: en última instancia, hacer de la naturaleza nuestra única historia. El enigma de la biopolítica parece resuelto, pero de una manera que presupone justamente lo que habría que investigar.

## II. Política, naturaleza, historia

1. Desde cierto punto de vista, resulta comprensible que Foucault nunca haya mencionado las diferentes interpretaciones de la biopolítica previas a su propio análisis: el extraordinario relieve de este es fruto, precisamente, de su distancia respecto de aquellas. Pero lo quiere decir que no haya un punto de contacto, al no con sus contenidos, al menos con la necesidad crítica de la cual estos surgieron, que es atribuible, en conjunto, a una general insatisfacción acerca del modo en que la modernidad construyó la relación entre política, naturaleza e historia. Sólo que, justamente en lo atinente a esta temática, la operación iniciada por Foucault a mediados de la década de 1970, por su complejidad y radicalidad, no admite comparación con las teorizaciones previas. A esos fines, no carece de importancia el hecho de que detrás de su específica perspectiva biopolítica, y dentro de ella, esté en primer lugar la genealogía nietzscheana. Porque precisamente de ella extrae esa capacidad oblicua de desmontaje y reelaboración conceptual que otorga a su trabajo la originalidad que todos reconocen. Cuando Foucault, volviendo a la pregunta kantiana acerca